

Eduardo Pizarro Leongómez. *Una democracia asediada. Balance y perspectivas del conflicto armado en Colombia*. Bogotá, Norma, 2004

Jorge Giraldo Ramírez

Los disparos que lo sacaron del país, hace cuatro años, no lograron que Eduardo Pizarro dejara de cumplir con la tarea básica a la que se ha dedicado desde hace más de 20 años: pensar a Colombia a través de su problema fundamental y hacerlo con un realismo esperanzado. A juzgar por los resultados, ese tiempo le permitió explorar nuevas perspectivas, enriquecer sus fuentes y arriesgar más en el análisis. El fruto ha sido el libro objeto de esta reseña.

Dos terceras partes de *Una democracia asediada* las habíamos conocido a través de artículos que el autor había publicado en Colombia y en el extranjero desde 1999. La otra tercera parte es nueva y Pizarro logra que ella le dé el aporte fundamental a su libro introduciendo una fina lectura estratégica de la guerra colombiana y de sus bandos enfrentados, además de algunas correcciones que le otorgan un nuevo sentido a observaciones parciales que antes parecían más discutibles.

El primer capítulo del libro es sintomático de una preocupación intelectual que apareció hace muy pocos años: la discusión acerca del carácter del conflicto colombiano. Este ha sido un tema tradicionalmente evadido, cuando no encubierto bajo generalidades insulsas como las que implican denominaciones como “violencia”, “conflicto”, incluso “conflicto armado” —si no se le da a esta última una connotación jurídica. Luego podrá precisarse si este debate surgió del escalamiento de la guerra desde 1998 o de la gran discusión que se abrió en el exterior a propósito de las guerras europeas y africanas de los años noventa y, especialmente, con los fenómenos que emergieron como consecuencia del derribamiento del World Trade Center. Lo cierto es que este debate está abierto en el campo académico¹ y que el Presidente Uribe lo ha llevado al terreno político difundiendo el lema “ni guerra, ni conflicto”, lema que espera argumentaciones en un anunciado libro de un agudo asesor y teórico por función del Gobierno nacional.² Ese primer capítulo es una buena revisión del estado del debate aunque, por las circunstancias, más referido a los apuntes foráneos que a los criollos. El autor sigue siendo muy prudente —como lo ha sido durante su carrera— como para correr un riesgo teórico, pero no tanto como para poder asegurar que estamos ante un conflicto armado, de raíces políticas, baja intensidad, alta victimización de los civiles y un gran componente narcótico en su financiación. No hay manera de resumir algo que más que una definición es una descripción cuidadosa del fenómeno.

Sin embargo, el texto denota progresos. Primero, porque no me cabe duda de que, aun sin especificaciones, la caracterización de Pizarro apunta al género de la guerra y no a categorías más vacuas. El cuidado para no usar sinónimos y la recurrencia a la fórmula larga —conflicto armado— quizás estén asociados con la comunidad de lenguaje internacional y con las implicaciones jurídicas y políticas que el término tiene en las instituciones globales de hoy. Segundo, se trata de una revisión de cierto coqueteo que en su primera versión hubo con el concepto de *guerra red* y la consecuencia de que la lucha contra los carteles de Cali y Medellín fuera una referencia importante.

En concordancia con esta interpretación, *Una democracia asediada* tiene en su núcleo una importante reflexión estratégica. Así, los asuntos militares cobran estatura con respecto a los aspectos puramente políticos y sociológicos. El análisis es prístino, enfocado en asuntos capitales, sin sucumbir a las terribles tentaciones del tecnicismo militar y, lo más importante, aquí están las novedades del autor. Las guerrillas han sufrido, a partir de 1998, una derrota estratégica. Para no dar lugar a dudas, las Farc son el sujeto central de esta derrota, pues de hecho este grupo fue el actor armado más pretencioso en los noventa. Aquí Pizarro se aleja de la corriente principal de los analistas que no aventuran una caracterización de la fase actual de la guerra y que se abstienen de cumplir con su responsabilidad de superar la simple *doxa*.

Y va más allá, demostrando que en asuntos militares no todos los intelectuales se comportan como estrategas de cafetería.³ La tesis central del libro es que el conflicto armado colombiano está en un “punto de inflexión” lo que permitiría una resolución inminente si el Estado logra sostener la política de seguridad democrática y articular a la comunidad internacional en esta fase. El tono puede resultar sorprendentemente taxativo así que cito: “¿Significa, entonces, que estamos cerca de una resolución inminente del conflicto interno? Sí, bajo dos supuestos esenciales [...]” (los que ya mencioné) (p. 332). De hecho ese *si* condicional se prolonga en otras dos cláusulas adicionales, una teórica y otra normativa.

La teórica es la del empate mutuamente doloroso, prórroga de una idea acariciada por el autor en los últimos años que trata de graficarse en el horrible modismo “guatemalización”. La normativa tiene dos literales: el fortalecimiento del Estado y la salida negociada.

La plausibilidad del empate mutuamente doloroso está configurada por la expectativa de una reacción de sabotaje económico y terrorismo urbano de las Farc más que por alguna demostración de capacidad actual de dicha agrupación. De hecho, el autor —fuera del papel y a viva voz— le dio la dimensión precisa a los reiterados fracasos de las iniciativas de esa agrupación, y puntualmente a los sucesos de mayo (el aniversario 40 de la misma). A estas alturas la expectativa juega más del lado de la cautela que de cualquier otro imaginable. La cláusula normativa es irreprochable y hace parte de una opinión pública cada vez más alejada del esotérico supuesto del movimiento pendular de la guerra y la paz. Dicho de otro modo —al modo bobbiano, quizás— la guerra y la paz son dos caras de la misma moneda. Sin fortalecer el Estado, sus funciones de seguridad y justicia (p. 349), la paz se alejará cada vez más; sin una salida negociada que dé fe de una opción por la reconciliación la guerra seguirá penando, aún bajo la forma de armas enterradas y corazones envenenados en cualquier rincón del país.

Se trata de una apuesta por el Estado, un Estado cada vez más cierto, y también por la concordia. Pizarro no le juega al que Jesús Antonio Bejarano llamara el “falso juego de las ilegitimidades”. El título no es retórico. *Una democracia asediada* es otro estudio sobre un país que vivió el crecimiento paralelo de la democracia y la guerra desde 1991 (igual podríamos decir, 1986).

El libro constituye, junto con el *Informe Nacional de Desarrollo Humano 2003*, un síntoma del nuevo clima intelectual que Colombia requiere, según la demanda feliz de Eduardo Posada Carbó. No es gratuito que Posada citara en aquella ocasión una afirmación de Pizarro que sigue siendo tristemente cierta: “la intelectualidad progresista en Colombia ha sido la última en América Latina en rescatar los valores democráticos”.⁴ Solo una glosa de mi cosecha, ¿si no rescata la democracia, puede ser progresista?

En este punto, la lucidez del prologuista Jorge Orlando Melo amerita otro capítulo. “Mientras esta [la guerrilla] crea que expresa en alguna medida las necesidades y reclamos populares, mientras haya sectores de opinión dispuestos a considerar que las armas pueden ser fuente legítima de poder en una sociedad democrática, la guerrilla podrá mantener la ilusión de que en algún momento de crisis económica o social la balanza se inclinará otra vez a su favor” (p. 18).

El guante ha sido lanzado a la intelectualidad colombiana. Eduardo Pizarro Leongómez, ejemplarmente, lo recogió hace rato. Cabe esperar que su gesto sea seguido.

1 Eduardo Posada Carbó. *¿Guerra civil? El lenguaje del conflicto en Colombia*. Alfaomega, 2001; León Valencia Agudelo. *Adiós a la política, bienvenida la guerra*. Bogotá, Intermedio, 2002; William Ramírez Tobón. “¿Guerra civil en Colombia?”. *Análisis Político* No. 26. Bogotá, 2002, pp. 137-150; Jorge Giraldo Ramírez. “Colombia, guerra civil”. *Unaula* No. 24. Medellín, Universidad Autónoma Latinoamericana, 2002. Recientemente, Daniel Pécaut. “Conflictos armados, guerras civiles y política: relación entre el conflicto colombiano y otras guerras internas contemporáneas”. Cali, 2004, mimeo.

2 Me refiero a José Obdulio Gaviria y sus declaraciones en el VIII Seminario Colombia: Democracia y Paz, realizado en Medellín, en noviembre del 2004, bajo convocatoria de la Universidad de Antioquia y el diario *El Mundo*.

3 Una expresión tan altisonante la uso bajo la autoridad de Jürgen Habermas: “Con respecto a los asuntos militares los intelectuales no se comportan evidentemente de un modo diferente a como lo hacen otros estrategas de tertulia”. Giovanna Borradori. *La filosofía en una época de terror. Diálogos con Jürgen Habermas y Jacques Derrida*. Madrid, Taurus, 2003, p. 60.

4 Santiago Montenegro. “Una charla con Eduardo Pizarro Leongómez”. *Carta Financiera* No. 122. Bogotá, agosto de 2002, p. 72. Citado en: Eduardo Posada Carbó. “Intelectuales, democracia, violencia y paz”. Bogotá, FIP, enero 22 de 2003.